



ÓRDENES SAGRADAS

Solemnidad de Jesucristo, Rey del universo S. I. Catedral Primada, 22 de noviembre

“Aquel que nos ama nos ha liberado de nuestros pecados, nos ha convertido en un reino y hecho sacerdotes de Dios, su Padre” (Apo 1,5-6). Sabemos que para que esta liberación llegue a todos los hombres, y sea posible convertirlos en un reino y hecho sacerdotes de Dios, Cristo ha querido necesitar a los miembros de la Iglesia, su Esposa, y sobremanera de aquellos que actúan en su nombre como Cabeza de esta Iglesia. Éstos actúan, pues, como sacerdotes del NT. Así sucederá enseguida, al ser ordenados hoy sacerdotes de Jesucristo en este Presbiterio de Toledo.

La importancia de convertirse en un reino y hechos sacerdotes es un apostar Jesucristo por nosotros; es una señal de confianza, un amor muy señalado para con todos los miembros del Pueblo de Dios. Pero, en vuestro caso, es que el Espíritu Santo viene por la imposición de mis manos, para que sea posible por vuestro inmediato ministerio (=servicio) esta salvación del Señor. Sí, porque Jesús vence, es Rey. Nos fijamos, claro está, en el misterio de la realeza de Cristo, que corona el Año litúrgico. Ahora bien, este misterio no debe abordarse superficialmente. Sin duda que todo está ordenado a Jesucristo y un día mostrará Él toda su potencia, pues destruye el Señor cuanto esclavizaba y esclaviza hoy al ser humano, esto es, el pecado.

Pero, para comprender mejor su realeza, hemos de reconocernos formado parte de su reino y apreciar lo que en él se nos da. Y con ello aceptar lo que confiesa santa Teresa: “Rey sois, Dios mío, sin fin, que no es reino prestado el que tenéis”. Es decir, que Cristo no quita nada, sino que nos ha ganado con su sangre. Pero no podéis, pues, olvidar, hermanos ordenandos, que Jesucristo ejerce su soberanía mediante la misericordia. Con ella abre un espacio de auténtica libertad para el ser humano. Vuestro sacerdocio comienza, en efecto, casi en el inicio del Año de la misericordia. Todo el poder de Cristo existe en favor del hombre. Nada más y nada menos.

Sin embargo, en el diálogo con Pilato vemos que Jesús se presenta ante la humanidad desarmado. Podría destruir la fortaleza de nuestras resistencias, pero espera paciente a que nosotros le abramos la puerta de nuestro corazón y se lo entreguemos. ¿Qué estoy diciendo? Sencillamente que aprendáis desde el comienzo de vuestro sacerdocio que Cristo no quiere imponer su realeza por la fuerza. No podemos presentar, pues, un simple “programa de acción” mostrando nuestro poder, nuestra sabiduría y nuestra superioridad, porque sin duda que fracasaremos, si no desplegamos antes la misericordia, la cercanía, el perdón, la búsqueda paciente de nuestros hermanos.

Señaló Benedicto XVI: “Él es amor y verdad, y tanto el amor como la verdad no se imponen jamás: llaman a la puerta del corazón y de la mente y, donde pueden entrar, infunden paz y alegría. Este es el modo de reinar de Dios; éste es su proyecto de salvación, un “misterio” en el sentido bíblico del término, es decir, un designio que se revela poco a poco en la historia”.

Queridos ordenandos: ¡cómo me gustaría que vuestra vida alcanzara su máxima plenitud cuando la pongáis al servicio de Jesucristo, Rey del Universo! Vosotros que, como todo cristiano, habéis sido liberados de todo pecado por la justificación de Jesucristo en los sacramentos de Iniciación cristiana, por el sacramento del Orden estáis capacitados para amar de una manera nueva, con un corazón de pastor hacia los demás (caridad pastoral). Repito: al reconocer el señorío de Cristo, todo cambia en nuestra vida. Es hermoso, pienso yo, que vosotros nuevos sacerdotes podáis levantar continuamente la mirada a Cristo y preguntaros qué es lo que Él haría en el servicio ministerial al pueblo cristiano y aún a todos los hombres y mujeres que os demanden ayuda y consuelo.

Hay que enseñar la humildad de este Rey, a la vez que descubrir a los niños, a los jóvenes, a los enfermos, a los esposos y sus hijos, a los ancianos la bondad y la ternura de Cristo, que tanto necesita el ser humano. Una de las grandes cosas que ha de hacer el sacerdote es enseñar a orar a nuestros fieles, a tener ese diálogo con Cristo que la oración supone. “Yo no sé rezar”, dicen

algunos; me aburre y me parece que me pierdo”. No os desaniméis por esta confesión. Mirad a santa Teresa que dice: “Razón es que, ya que por la humildad de este Rey, si como grosera no sé hablar con él, no por eso me deja de oír, ni me deja de llegar a sí, ni me echan fuera sus guardias; porque saben bien los ángeles que están allí la condición de su rey, que gusta más de esta grosería de un pastorcillo humilde, que ve que si más supiera más dijera, que de los muy sabios y letrados, por elegantes razonamientos que hagan, si no van con humildad” (*Camino de Perfección, cap. 22*).

Nos alegramos, queridos ordenandos, con vosotros y por vosotros. Os felicitamos, ahora que agradezco a vuestras familias, a vuestros sacerdotes y a cuantos en las comunidades cristianas os han ayudado a estar “a punto” para esta gracia sacramental singular que supone el sacerdocio del NT. Pero sobre todo agradezco al Seminario Menor y Mayor, y a sus rectores y formadores todos la entrega que supone vuestra formación en el seno de esta institución fundamental que es el Seminario Diocesano. Ahora ya sois plantas que podéis fructificar en el campo de la Iglesia, pero no olvidéis vuestro Seminario, que ha sido ese presbiterio en gestación para que vuestra vida sacerdotal sea pujante, alegre, santa y, en definitiva, abierta a buscar por los caminos del mundo a quienes quieran conocer a Cristo, su Iglesia y la vida nueva de la resurrección.

Rezo por vosotros, y cuento con vosotros, pues es mucho lo que hay que hacer en nuestra Iglesia. Os confío a la Virgen, nuestra Señora. Ella, en el próximo Adviento os ayudará a gestar a Cristo en tantos hombres y mujeres que le necesitan. “¡Qué hermosos los pies de los que anuncian la Buena Noticia del bien!” (Rom 10,15).